

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 8 24/7/2020

SÍMBOLOS DEL PERÚ REPUBLICANO



LOS SÍMBOLOS NACIONALES EN LA TRANSICIÓN REPUBLICANA

NATALIA MAJLUF*

Una mirada a la creación de la bandera y el escudo del Perú en su nacimiento como República en 1821, tras haber sido durante casi tres siglos el primer virreinato español en América del Sur y, en las centurias precedentes, el centro del *Tahuantinsuyo* o Imperio de los Incas, heredero de la milenaria civilización andina.

Hay algo de cerrado y concluyente en los símbolos patrios, algo de inmutable; dan la impresión de ser invariables, como las naciones que representan. Pero estos símbolos, al igual que las naciones, no siempre existieron. Hubo un momento en que fueron creados, dotados de sentido y desplegados, casi siempre en contextos políticos inestables y violentos {...}.

Nada más distante de la leyenda de origen, de aquel sueño de José de San Martín en las playas de Paracas, en que una visión de las parihuanas que surcaban el cielo le señalara la inspiración que definió el rojo y el blanco como los colores de la bandera nacional. Pocos recuerdan que la leyenda tiene un autor preciso, Abraham Valdelomar, y que fue escrita un siglo después de los hechos que refiere {...}. La popularidad de este relato, oficializado a través de los textos escolares, nos ha legado una historia que empieza y concluye con ese momento fundacional, que parece preceder inmediatamente al hecho culminante de la declaración de la Independencia. La imagen de la inspiración del héroe, surgida en un instante, nos hace olvidar los largos meses de campañas bélicas y de maniobras políticas que separan la llegada de San Martín al Perú de su entrada a Lima, como también los intensos y devastadores años que debieron pasar antes de que la fundación declarada del país en 1821 pudiera hacerse realidad cerca de cuatro años más tarde {...}.



Escudo Nacional, 1825
Óleo de Leandro Cortez
Museo del BCR

PRIMERAS BANDERAS

En Pisco, un 21 de octubre de 1820, San Martín firmó el decreto que fijaba los símbolos provisionales del país: «Se adoptará por bandera nacional del país una de seda, o lienzo, de ocho pies de largo, y seis de ancho, dividida por líneas diagonales en cuatro campos, blancos los dos de los extremos superior e inferior, y encarnados los laterales; con una corona de laurel ovalada, y dentro de ella un Sol, saliendo por detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar tranquilo».

En la era de las revoluciones no hay ya nación imaginable sin bandera, escudo o colores patrios. Mas los símbolos peruanos preexistieron a la nación,

surgieron antes de que se definiera como estado independiente, cuando aún no se había establecido ni su concreción política ni su demarcación territorial. Es como si San Martín hubiera hecho posible imaginar el país con la simple dación de su aparato simbólico. Pero el general rioplatense era consciente de la fragilidad de su proyecto, de la necesidad que había de legitimar esos símbolos en un proceso político. Por eso, los definió como emblemas provisorios, y reservó el derecho de fijarlos a los propios peruanos una vez que hubieran sellado su independencia {...}.

No queda del todo claro cuál fue el significado que San Martín otorgó a los nuevos símbolos {...}. Hay quienes han sugerido que podría inspirarse en el color de la mascapaicha inca, e incluso que pudiera evocar el pendón español, como una suerte de reflejo de las intenciones monárquicas de San Martín. Ciertamente es que no existen testimonios de época que nos permitan resolver el asunto de forma concluyente. Tampoco sabemos cómo fueron utilizados los nuevos símbolos, ni cuán extendidos estaban antes de la entrada en Lima. Su materialización no debió ser fácil {...}.

Quizás por ello su uso se extendió solo después de que las ciudades norteñas declararan la Independencia a fines de 1820 e inicios de 1821. Antes de esa fecha casi no se tienen noticias de la bandera, salvo por alguna referencia anecdótica. Una bandera patriota fue desplegada sobre las laderas del cerro San Cristóbal en la mañana del 11 de diciembre de 1820. Debe haber sido la primera vez que los limeños la vieron: un gesto sin duda provocador, pero también aislado {...}.

EQUIVALENCIAS SIMBÓLICAS:

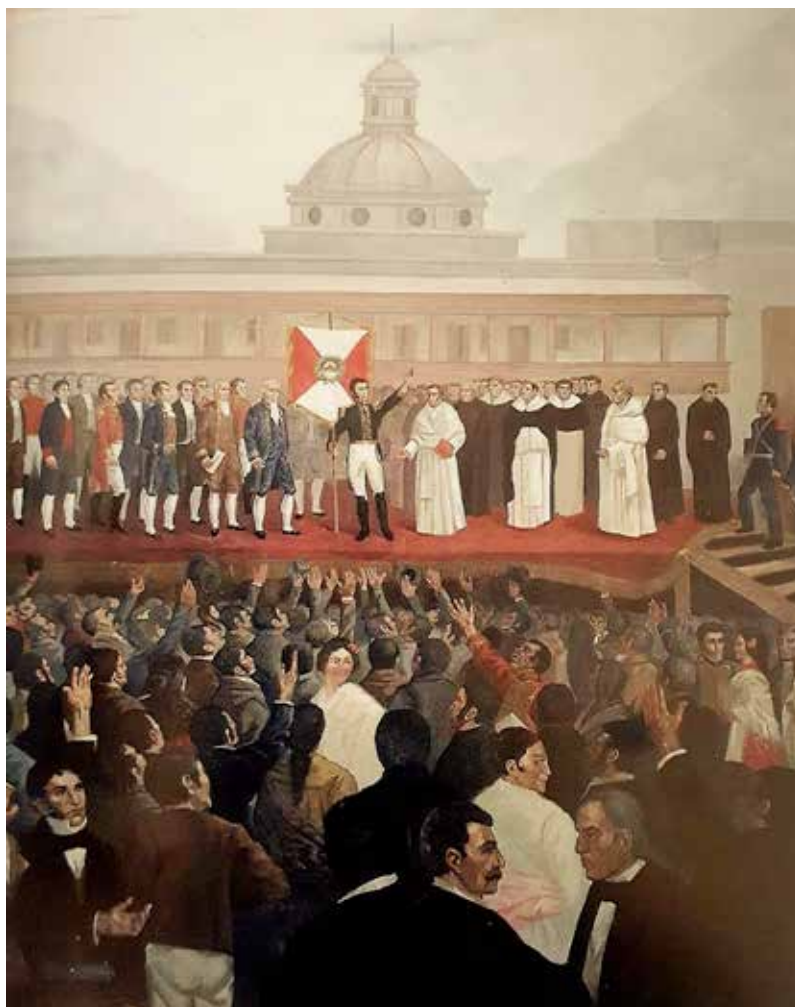
DEL ESTANDARTE REAL A LA BANDERA NACIONAL

San Martín no entró en triunfo a Lima; entró de noche, solo y sin escolta. Era un gesto cuidadosamente estudiado, como lo había sido el momento elegido. «Quiero que todos los hombres piensen como yo», había confesado al marino inglés Basil Hall, «y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública...». No era ciertamente la entrada victoriosa de un ejército esperado

por una población que había optado por la insurgencia. Lima era una ciudad tomada por sorpresa, confrontada con un hecho consumado, en cuya definición sus habitantes no habían tenido prácticamente ninguna participación.

Por ello, para San Martín la fuerza militar era un “punto secundario” de una estrategia que buscaba ganar, “día por día [...] nuevos aliados en los corazones del pueblo”. La emblemática era una de las principales armas de esa guerra ideológica. El decreto dado por San Martín el 17 de julio de 1821, ordenaba enfáticamente “que se borren, quiten y destruyan los escudos de armas del Rey de España [...] como toda otra cualquier demostración que denote la sujeción y el vasallaje...” [...]. El bando de San Martín que convocaba al acto a celebrarse el 28 de julio, de hecho pedía que la bandera se exhibiera “en todos los lugares públicos en que en otro tiempo se os anunciaba la continuación de vuestras tristes y pesadas cadenas” [...]. El acto de proclamación de la Independencia, que por encargo de San Martín organizó el Cabildo de Lima, siguió al pie de la letra las solemnidades del paseo del estandarte. La ceremonia se inició en el ayuntamiento. El conde de San Isidro, alcalde de Lima, entregó la bandera a José Matías Vásquez de Acuña, conde de la Vega del Ren, quien había sido elegido alférez por el Cabildo. De allí salió la comitiva hacia palacio de gobierno, donde fue recibida por el marqués de Montemira, entonces jefe político y militar de Lima, y llevada al salón donde se encontraba el general San Martín. La bandera salió de palacio en manos del marqués, seguido de un séquito integrado por representantes de la Universidad y de la Iglesia. Dieron la vuelta a la plaza, donde se congregaban las tropas del Ejército Libertador con las banderas de Argentina y de Chile. Sobre el tabladillo construido frente al palacio de los virreyes recibió San Martín la bandera y proclamó la Independencia. Parte de la comitiva, a caballo, emprendió luego la ruta que los llevó hacia la plaza de la Merced, donde se repitió el acto de proclamación. Lo mismo sucedió en la plaza de Santa Ana y luego en la de la Inquisición, tras lo cual regresaron a la plaza mayor [...].

Telas con los colores nacionales fueron desplegadas por toda la ciudad, como antes se exhibieron tapices y alfombras desde los balcones de las casas en las procesiones y solemnidades públicas. Pero la bandera era un elemento nuevo en el escenario simbólico urbano, sin paralelo en el repertorio colonial [...]. Por ello se intentó forjar una identificación con el nuevo emblema patrio, y San Martín pidió, en su



Etna Velarde. *Proclamación de la Independencia*. Copia de un cuadro de fines del siglo XIX.

convocatoria a la proclamación, que todos los ciudadanos presentes en la plaza llevaran sobre el pecho una escarapela blanca y roja. El temprano teatro patriota también promovió esta identificación en piezas dramáticas que requerían la presencia de la bandera sobre el escenario.

Eran formas que buscaban generar un vínculo personal y emotivo con la idea de nación que la bandera encarnaba. La cuidada presentación pública de la bandera nacional había sido una estrategia simbólica de gran eficacia. El ceremonial español le prestaba los recursos necesarios para convertirla en un elemento de similar autoridad y prestigio. Al mismo tiempo, este reemplazo imaginario afirmaba el cambio que se operaba en el orden político. Pero sobre todo, el hecho de que la bandera pudiera potencialmente multiplicarse y ser portada por los ciudadanos sugería la radical diferencia que separaba a la bandera nacional de las señas del poder español: era un emblema republicano, que oponía a la tradicional imagen exclusiva y monárquica del pendón, el espíritu de una nueva y hasta insólita modernidad.

* Historiadora del arte, ex directora del Museo de Arte de Lima.

El ensayo completo figura en: Ramón Mujica Pinilla (ed). *Visión y Símbolos. Del Virreinato Criollo a la República Peruana*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 2006, pp. 203-241.

En la portada: grabado del primer escudo del Perú. Leandro Cortez, 1821.

NUDOS BORGIANOS

El reciente libro de Mario Vargas Llosa sobre Jorge Luis Borges, además de artículos y ensayos medulares, recu- pera dos entrevistas. La primera fue hecha en París, en 1963. La otra en Buenos Aires, en su departamento, en 1981. Un detalle le llama la atención a Vargas Llosa: entre los escasos adornos del austero dormitorio estaba la Orden del Sol, la condecoración del Perú. Borges la recibió en 1965 pero, afirmaba, restituía la que le fue otorgada por la victoria de Junín (1824) a su bisabuelo, el coronel Isidro Suárez, y que su familia extravió.



En 1965 Borges fue a Lima invitado por la Universidad Nacional de Ingeniera, donde recibió un doctorado *honoris causa*, distinción que le confirió también la Universidad Mayor de San Marcos. Volvió en 1978, invitado por la Universidad Católica. Viajó luego al Cuzco y Machu Picchu. En la capital inca le enseñaron la casona de su antepasado Jerónimo de Cabrera, quien fundó las ciudades de Ica y Córdoba (Argentina) y desposó a Luisa Martel, viuda del padre del Inca Garcilaso.

En diversas entrevistas, Borges menciona solo a José María Eguren entre sus autores peruanos preferidos. De joven había sido amigo de Alberto Hidalgo pero no tardaron en distanciarse. Su nombre aparece en la revista *Amauta* y colaboró en el *Boletín Titikaka* (Puno, 1927). Poeta memorable y renovador del cuento y la prosa literaria en español, Borges fue también muy apreciado por sus lectores peruanos. El propio Vargas Llosa dedica *Conversación en La Catedral* a Luis Loayza, “el borgiano de *Petit Thouars*”. Además de un soneto al Perú, en su obra abundan las menciones al coronel Suárez y a Junín. En “El forastero” (1981) escribe: “Esta mañana nos visitó un viejo poeta peruano. Era ciego. / Me dijo que de vuelta al Perú recordaría nuestro diálogo en un poema. / Ignoro si lo hará. / Ignoro si nos volveremos a ver.”

JORGE LUIS BORGES / EL PERÚ

*De la suma de cosas del orbe ilimitado
vislumbramos apenas una que otra. El olvido
y el azar nos despojan. Para el niño que he sido,
el Perú fue la historia que Prescott ha salvado.*

*Fue también esa clara palangana de plata
que pendió del arzón de una silla y el mate
de plata con serpientes arqueadas y el embate
de las lanzas que tejen la batalla escarlata.*

*Fue después una playa que el crepúsculo empaña
y un sigilo de patio, de enrejado y de fuente,
y unas líneas de Eguren que pasan levemente*

*y una vasta reliquia de piedra en la montaña.
Vivo, soy una sombra que la Sombra amenaza;
moriré y no habré visto mi interminable casa.*

En *La moneda de hierro*, 1976

AGENDA



Juan Diego Flórez y Perla León. Lima, julio de 2017

EL TENOR Y PERLASCHALLAY

Hace tres años, el tenor Juan Diego Flórez ofreció un concierto benéfico en el Estadio Nacional de Lima con la participación de la orquesta y el coro juvenil *Sinfonía por el Perú*. El repertorio fue solo de temas nacionales e incluyó el conocido huayno “Adiós pueblo de Ayacucho”. Para los habitantes de la antigua ciudad de Huamanga este huayno es, por cierto, una suerte de himno; su letra pasa del español al quechua y, según la tradición, alude a los desventurados amores de un párroco y una lugareña. El célebre tenor invitó entonces a Perla León Huamán (Ayacucho, 2006) para que lo acompañara en la guitarra. Guiada por su padre, la artista adolescente empezó de niña a tocar la guitarra y ha formado con su hermana Ángela el dúo *Kuskalla*. Como otros jóvenes interpretes, las hermanas León emergen ahora como las herederas de la mejor tradición de la guitarra andina, que tuvo en el recordado Raúl García Zárate a su figura más significativa.

<https://bit.ly/3j4XzKn>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe